

Con esta simple indicación, que podréis desenvolver vosotros mismos, comprenderéis que muchos que juzgá-bamos cristianos no lo son en verdad; que se forjan un Dios á su modo que no es Dios ni se le asemeja, *non est ipse*; que se fraguan, aunque no con metal ni con piedra, ídolos semejantes á Mercurio y á Júpiter, que en su capricho y obcecación llaman deidades sin serlo. Veréis que tales hombres no son en realidad sino *ateos*, puesto que lo que adoran no es Dios, sino un fantasma ilusorio creación de su loca fantasía.

Rapacidad, injusticia, opresión, ateísmo: he aquí lo que reina en torno nuestro. ¿Y qué diremos de la depravación de costumbres? Leed á Jeremías: dad una vuelta por nuestras calles y nuestras plazas, como él la dió por Jerusalén, y decidme después de vuestro triste paseo, si por acaso no nos conviene la pintura que hizo de la relajación degradante de la ciudad que se llamara *santa*. Salid de nuestra tierra, y veréis que el resto del mundo nada tiene por desgracia que envidiarnos.

Pero lo que es peor, y en lo que aventaja nuestra generación á los Israelitas de antaño, es el descaro con que negamos que sean pecados nuestros crímenes, la desvergüenza con que llamamos justicia á los actos más inicuos, la impudencia con que pretendemos hasta divinizar las más inexcusables acciones.

Id al Centro del catolicismo. ¿Confesarán, por ventura, que es usurpación, y robo, y escándalo, el despojo del Romano Pontífice, el cautiverio á que lo han reducido, la violación de sus más sacrosantos derechos? Muy lejos de eso, se jactarán de tan enorme sacrilegio, y llamarán á la rapacidad patriotismo, al robo desprendimien-

to, á la violencia dulzura; y levantando orgullosos la frente, exclamarán audaces como Israel: *non peccavi*.

Caminad hacia el Norte, penetrad en Rusia, ó, si preferís, en los dominios Británicos. ¿Hallaréis, por ventura, uno solo de los asesinos y bandoleros que se denominan nihilistas, ó fenianos, que os confiesen que sus incendios y regicidios, sus matanzas y horripilantes atentados, son ofensas á Dios y á la sociedad? Os dirán, por el contrario, que el matar á un gobernante es meritorio, que el despojar á un rico es virtud, que el sembrar la desolación, y la muerte, y el exterminio es heroísmo. En vano les presentaréis la patria arruinada, la familia destruida, millares de inocentes reducidos á la orfandad y á la indigencia. Como los obcecados habitantes de Jerusalén, os responderán orgullosos: *non peccavi*.

Venid más cerca, á regiones donde no há mucho se ha arrojado á Dios de sus altares, y con especiosos pretextos se ha entronizado el socialismo. ¿Os figuráis acaso oír aquí siquiera una humilde confesión? Os dirán que sobaban templos, que los monasterios en que santos y doctos varones florecieron, eran sólo albergue de vicios; que las obras de arte, no en el altar, sino en los museos, deben admirarse: empresa meritoria fué, por tanto, derribar santuarios y asceterios, hazaña titánica dejar á sus moradores sin abrigo, prueba de civilización el destruir pinturas y estatuas, el reducir á escombros maravillas arquitectónicas. Os repetirán con el seudo filósofo que la propiedad es el robo, que el despojar al propietario es justicia y el dividirse sus bienes santidad, sobre todo si es ministro del altar, ó sus haberes están destinados al culto. No os canséis en argüir ni en pre-

dicar; mientras más habléis, más clamarán como Israel:
non peccavi, no, *non peccavi*.

Cuando el Dios de los ejércitos oyó el *non peccavi* de los judíos, "Pueblo necio y sin corazón (les dijo), he aquí que yo traeré sobre vosotros una nación de lejos, una robusta nación, cuya lengua no sabrás ni entenderás lo que hable. Y comerá tus mieses y tu pan; devorará tus hijos y tus hijas; comerá tus rebaños y tus vacadas. Como me habéis abandonado, y servido á un Dios forastero en tierra vuestra, así serviréis á los forasteros en tierra no vuestra: *servietis alienis in terra non vestra*."

¡Señor, Señor! Aunque también este tu pueblo ha pronunciado el *non peccavi*, no repitas, por piedad, tales amenazas, no le hagas sentir tu Diestra vengadora.

II

Vanos fueron los anuncios de Jeremías, vanas sus predicaciones, vana su penitencia. Cercó el ejército de Nabucodonosor á la impenitente ciudad; derribó sus murallas, destruyó su templo, saqueó sus alcázares; degolló á sus guerreros, profanó á sus vírgenes, encadenó á sus sacerdotes. Condujo al pueblo cautivo hasta Babilonia, dispersándose los judíos que pudieron escapar de sus manos, y quedando pocos, poquísimos, en derredor de Jerusalén. Uno de ellos era Jeremías. Con su fiel Baruch se retiró á una cueva no lejos de la Santa Ciudad. Allí de día y de noche lloraba amargamente por las desgracias de su nación; allí expiaba en su propia persona los pecados de Israel; allí desagraviaba al Señor, con sus maceraciones, por los delitos de Judá; allí hacía él solo, con alguno que otro discípulo, la penitencia á que en balde había exhortado á los hijos de Jacob. En aquella soledad, frente á las ruinas de aquella Salem tan querida, en la penitente actitud que estos días de públicas oraciones os han hecho familiar, entonó primero, y dictó después á su inseparable amanuense, los fúnebres acrósticos versos que habéis escuchado esta noche y las anteriores, entonados con lúgubre armonía.

¡Oh si me fuera dado repetir palabra por palabra, y

comentar con la debida extensión, ese *lamento de los lamentos!* En sus *Trenos* lloró Jeremías la destrucción que acababa de envolver á Jerusalén; pero vió al mismo tiempo con ojo profético la segunda y final destrucción de la Ciudad Santa, después del terrible Deicidio. Lloró también de antemano, no la destrucción de la Iglesia cristiana, porque es indeficiente, y ha de durar hasta la consumación de los siglos; pero sí sus desastres parciales, sí sus pérdidas locales, sí la ruina del cristianismo en tantos países favorecidos antes del Señor.

¡Grecia, cuna de los Basilio y Crisóstomos, de tantos mártires y de tan insignes doctores! Vió tu caída en el cisma, y después tu cautiverio bajo el implacable musulmán. ¡África, patria y refugio de innumerables monjes y solitarios, teatro de los combates de Atanasio, de los triunfos de Agustín, de las maceraciones de Pelagia! Vió tus templos convertidos en ruinas, tus ciudades reducidas á cenizas, la religión desterrada de tus arenosas playas, tu territorio todo oprimido por el bárbaro y el agareno. ¡Alemania, Suecia, testigos de las virtudes de Bonifacio y Catarina; Inglaterra, llamada por excelencia la Isla de Santos! También vuestras desgracias se presentaron á los ojos de Jeremías; le pasaron por delante Lutero y sus secuaces derribando monasterios, profanando templos, arrojando á Jesús Sacramentado de sus tabernáculos, pervirtiendo las Sagradas Escrituras, corrompiendo á pueblos enteros antes tan cristianos y tan fieles. ¡Francia, que te gozabas con el nombre de hija primogénita de la Iglesia! También fueron lloradas las calamidades que va á hacer cien años te affigieron, y que hijos desnaturalizados se esfuerzan por renovar.

¡Oh Santo Profeta! ¿Vistes acaso en el fondo de tu cueva la imagen de esta México, mi patria, cuya existencia misma debía ser ignorada por tantos siglos? ¿Tuviste presente sus desgracias y culpas cuando cantaste con inspirado acento: *viæ Sion lugent, eo quod non sint qui veniant ad solemnitatem?* Lloran, dijiste, lloran las desiertas calles de aquella ciudad tan piadosa; lloran porque ya no transita por ellas el Rey de los cielos con el esplendor de otros tiempos; porque faltan aquellas pompas y solemnidades que daban gloria á Dios y llenaban de regocijo al pueblo devoto. *Omnes portæ ejus destructæ.* ¿Qué ha quedado de aquellos suntuosos edificios que labrara la piedad de ricos magnates, de aquellos asceterios antes poblados de monjes, y que más parecían ciudades que casas? ¡Ay! los sacerdotes que en ellos moraban vagan errantes, convertidos en ludibrio de los impíos, reducidos á la inopia, befados, perseguidos, tratados como el desecho de la plebe, *sacerdotes ejus gementes.* Las vírgenes sagradas que oraban día y noche tras de las rejas de un asilo que reputaban inviolable, cuyas lágrimas mil y mil veces alejaron los castigos del cielo, han sido sacadas de su nidos por aquellos mismos que les debían la salud y la vida; y demacradas, enfermas, escuálidas, lloran sin poder acercarse al albergue que por derecho les pertenece: *virgines ejus squalide, et omnia oppressa amaritudine.*

Si el Señor reveló á Jeremías las calamidades de nuestra patria, al inspirarle las tiernas sentencias que acabo de parafrasear, ni lo sé en verdad ni es posible averiguarlo. Puedo, sí, deciros que si no nos tuvo presentes el Profeta, sí nos enseñó á llorar por nuestros pecados y

los de nuestros hermanos, sí quiso que sus lamentaciones nos sirvieran de norma y su penitencia de ejemplo. ¿Cómo debe ser esta imitación? ¿En qué ha de parecerse nuestro llanto al suyo, y en qué rasgos ha de ser diferente? Escuchad.

Los pocos judíos que, en medio de la dispersión general, han vuelto á morar en la Jerusalén moderna, tienen la costumbre de ir cada viernes á las ruinas del antiguo Templo. Allí, ya de pie, ya postrados sobre los escombros, pasan largas horas gimiendo y derramando verdaderas y copiosas lágrimas, por la destrucción de su ciudad y la dispersión de su gente. ¡Costumbre verdaderamente patética, que conmueve aun al viajero más empedernido y más dispuesto á burlarse de todo! ¡Imitación viva del llanto que en aquellos lugares virtió el afligido Jeremías! ¿Deberemos seguir este ejemplo? ¿Ha de ser nuestro lloro ni más ni menos de esta manera?

Sin que yo os lo indique, vuestro corazón os dice que no. Vierta en buena hora lágrimas estériles el judío que ha perdido toda esperanza; pero el cristiano, sea cual fuere su patria y su época, que sabe que la Iglesia ha de triunfar y sólo aguarda para ello la cooperación de sus hijos, el cristiano debe acompañar el llanto con obras. Estas obras serán diferentes según las diversas circunstancias, según los tiempos y lugares, según la misión de cada uno. Ejemplos tomados de la historia contemporánea explicarán mejor mi pensamiento.

La necesidad de volver á Dios y de apartar los castigos que llueven sobre nuestras cabezas, por medio de una expiación general, se deja sentir en todas partes; pero los medios son diversos en cada región, y después

de examinarlos rápidamente, deberemos adoptar el que más se acomode á la índole nuestra y á nuestras peculiares calamidades. Fijémonos ante todo en la nación hoy día preponderante, en la vencedora y poderosísima Alemania. Desde hace diez años, los tiempos calamitosos de la llamada Reforma del siglo XVI parecen haber revivido con todos sus horrores; y una tempestad sin igual se ha desencadenado sobre los católicos. ¿Cuál es su actitud? ¿Cuáles las obras con que acompañan sus lágrimas de penitencia? ¡Miradlos! Obispos y sacerdotes se dejan encerrar en oscuras prisiones antes que doblegarse á inicuas leyes; y los fieles todos, mientras trabajan en los parlamentos y en los tribunales, acompañan á sus Prelados en la tenaz resistencia, y sufren con ellos, y con ellos caminan, sin distinción de sexo ni edades, á los destierros y á las cárceles. ¡Oh noble y generosa expiación! Esta prolongada penitencia, esta cristiana actividad, esta fidelidad á toda prueba, ha surtido ya su efecto, y no está lejano el día de la paz y de la victoria.

¡Dichoso pueblo el que sigue siempre á sus Pastores; el que no los deja solos en la lucha y en el sufrimiento; el que sabe que de la salvación de los jefes depende también la salud de los súbditos! ¡Pueblo mexicano! La adhesión á tus Prelados sea siempre tu norma; con ellos trabaja, con ellos combate, con ellos óra: así desarmarás la justicia divina.

Echad ahora una ojeada á la afligida Francia. Ved cómo hormigean en su vasto suelo piadosas peregrinaciones á sus numerosos santuarios. Ved cómo redobla el fervor al redoblar las persecuciones, ved cómo se abren escuelas cristianas á medida que se destierra á Dios de

las escuelas oficiales; ved cómo se vuelven á formar y se multiplican los batallones auxiliares de la eclesiástica milicia, mientras más los dispersa el tirano. Ved cómo se defienden los derechos del padre de familia y del católico, en el parlamento, en las cortes de justicia, en los salones, en las calles, en las plazas, en los templos. Ved, por último, este movimiento y esta actividad simbolizada en el gran monumento de reparación, de desagravios, de expiación por excelencia que toda entera la Francia católica está construyendo; en la suntuosa Basílica que al Sagrado Corazón de Jesús se está edificando en Montmartre, cuyos cimientos devoraron millones, cuyas paredes están consumiendo sumas fabulosas, para cuya conclusión se necesitarán cantidades todavía mayores, y que suministran sin vacilar y á cada instante aquellos generosos católicos.

¡Pueblo mexicano! ¿Puedes imitar estas obras expiatorias? ¿Te confesarás menos activo y menos generoso? No olvides que es grande tu pecado, y que, como Jerusalén, has desoído á los apóstoles del Señor, y llamado á tu seno á falsos profetas, para corromper á tu juventud, apoderarse de tus templos, desgarrar la unidad religiosa, sembrar en tus bellos campos la zizaña de la herejía. Grande es tu crimen, y grande ha de ser tu penitencia. Grande es la actividad de tus adversarios, grande también ha de ser la tuya. La generosidad de los enemigos de nuestra Religión nos asombra; que en nada les ceda nuestra largueza. Conservar vuestros templos, recobrar los perdidos, y donde no pudiereis, edificar tres por cada uno de los que os hayan arrebatado: conservar para Dios los templos espirituales de vuestras propias almas,

de las de vuestros hijos y vuestros hermanos; recobrar los que os hubiere arrancado la herejía; convertir con la palabra, el ejemplo y la oración á los que de extrañas tierras vengan á nuestro suelo sin pertenecer aún á la Iglesia, en justa compensación por los hermanos que el oro de pseudo misioneros pueda comprarnos: he aquí la obra de expiación que os propongo, he aquí la obra de expiación á que os excito, sin la cual de muy poco servirá vuestro llanto.

Pero si el llanto sin las obras poco aprovecha, es necesario también que la vida activa vaya acompañada con las lágrimas y la oración. No concluiré, por tanto, sin llamar vuestra atención á la isla remota, á uno de cuyos hijos debemos la idea que nos ha congregado. Lo que entre nosotros ha acaecido recientemente y en pequeña escala, en Inglaterra sucedió hace más de tres siglos. Allí la apostasía fué casi universal; allí la ruina fué completa; y los esfuerzos del catolicismo para recobrar lo perdido, aunque gigantescos, apenas pueden lo que las caricias de un niño para derribar un Coloso. Sólo de Dios puede venir el triunfo, y este triunfo no puede alcanzarse sino con lágrimas de penitencia y continuadas oraciones, vertidas de día y de noche ante el altar hasta que ablanden la justicia divina. A las ya numerosas corporaciones que en esa isla, aunque heterodoxa, reina de la libertad y de la civilización, de la tolerancia y la cultura; á las muchas corporaciones que ya se ocupan incesantemente en desagrar al Señor, un nuevo cuerpo de levitas quiere añadirse, que imite más de cerca á Jeremías en su llanto y en su vida penitente; que se componga de discípulos del Profeta, é imitadores de Ba-

ruch y de los que en su cueva lo acompañaban. Pero entre los hielos Británicos, y con las exigencias del día, no se puede llorar en una gruta abierta, á la intemperie, y exponiéndose á miradas profanas. Una casa y un templo necesitan los nuevos discípulos del Profeta Jeremías; una casa y un templo se propone edificar el sacerdote á cuya empeñosa constancia é inquebrantable insistencia se deben estas bellas fiestas, á que tan devotamente habéis concurrido. Justo es que le ayudéis en su empresa, en pago siquiera de la cristiana idea de expiación que ha venido á sembrar entre nosotros, y que, germinando como espero en vuestros pechos, producirá saludables frutos de virtud y de penitencia que nos conducirán á la eterna gloria. Así sea.



SERMÓN

PREDICADO EN LA IGLESIA DEL ORATORIO DE GUANAJUATO,
EL 26 DE ENERO DE 1884, EN LA SOLEMNE FUNCIÓN
CON QUE SE INAUGURÓ SU NUEVA
CÚPULA.